

ESTE año en el Palacio de El Pardo, en la Pascua Militar.

El día 6 del pasado mes de Enero, día de la fiesta de la Pascua Militar, acudieron, como es de tradición, a felicitar a S. E. el Jefe del Estado, en el Palacio de El Pardo, las representaciones de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, presididas por sus respectivos Ministros. Les acompañaban los Generales con mando y los Coroneles Jefes de los distintos Cuerpos de la Guarnición.

Ante su Excelencia el Generalísimo, el General Barroso pronunció las siguientes palabras:

Excelencia:

Un año más, las altas jerarquías de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire se hallan ante vos, presididas por sus respectivos Ministros, y me han confiado el señalado honor de ser quien os haga presente la entusiasta y respetuosa felicitación de todos los miembros de las Fuerzas Armadas, en día tan entrañable como es el de la Pascua Militar.

Un año más, Excelencia, acuden palabras a nuestros labios y nobles sentimientos a nuestros corazones, que rebosan gratitud hacia vos, nuestro indiscutible e indiscutido Capitán, porque habéis sabido dar cima a otra singladura del largo crucero sin descanso que emprendisteis hace ya un cuarto de siglo, para llevar la nave del Estado a metas brillantísimas, dirigiéndola desde vuestro puesto de mando con pulso firme, mente clara, vigilancia tensa, prudente gobierno y videncia que admira a todos los españoles.

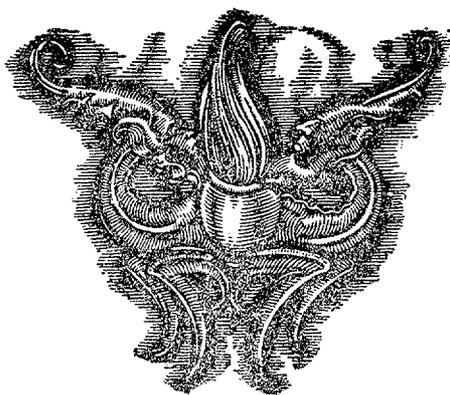


Un año más, mi General, venimos a ofrecer algo que sabemos constituye el mejor regalo para Vuestra Excelencia: nuestra total adhesión y la acrisolada lealtad a vuestra persona. y la seguridad de una perfecta unión y comunidad de ideales y sentimientos en los Ejércitos, como la mejor expresión de nuestra fe en vos y como prenda segura de continuidad del Glorioso Movimiento Nacional. Bien sé que por ley de vida se van aclarando las filas de vuestros mejores capitanes, aquellos que, a vuestras órdenes, lucharon por el sueño de una España unida, justa, próspera y feliz que ya se está haciendo realidad, pero sé también que las más jóvenes generaciones nos siguen con fe y montan guardia constante contra los enemigos de la Patria para defender lo mucho conquistado y coronar el señalado objetivo final.

En fin, Señor, un año más aquí estamos los leales de siempre, con nuestra inquebrantable fe en el futuro, con nuestro espíritu de servicio presente y con el recuerdo emocionado—que es mandato— de nuestros muertos. Aquí estamos, Señor, los Ejércitos que constituyen la recia osamenta en que se apoya el noble pueblo español para poder continuar rezando a Dios, trabajando en paz y afanándose en construir una Patria cada día más robusta y unida; esta Patria española que crearon los Reyes Católicos bajo el signo de la Cruz de Cristo y bajo este signo sigue, a vuestras órdenes, constituyendo ejemplo digno de imitación y pocas veces imitado por un mundo que carece de amor y verdadero espíritu cristiano.

Y por último, mi General, recibid también el agradecimiento de las familias militares a cuyos modestos hogares habéis llevado mayor bienestar y alegría. Deseamos fervientemente que Dios conceda a vuestra familia, a todos los seres que os son queridos y a vos mismo, las mayores venturas y bendiciones en el año que empieza y Le damos gracias de que, una vez más, os haya brindado Su divina protección en el infortunado accidente que sufristeis, que os ha permitido confirmar cuánto es el amor que habéis sabido inspirar a los españoles.

Estas sentidas palabras del General Barroso dieron lugar al siguiente discurso del Caudillo:



Palabras del Caudillo.

Mi General y compañeros todos:

Esta fiesta de la Pascua Militar constituye una de nuestras más bellas tradiciones, en la que los cuadros de mando de nuestros Ejércitos de Tierra, Mar y Aire expresan a sus superiores en este día, con su respeto y disciplina, su adhesión y afecto.

Acto tan sencillo en sí, es, sin embargo, símbolo de la unidad, de la cohesión y de la disciplina de nuestras Corporaciones de Jefes y Oficiales, base de la existencia y permanencia de nuestros Ejércitos. Son muchos ya los años en que por la alta jerarquía militar alcanzada en edad temprana, me ha correspondido recibir el afecto y la adhesión de los Jefes y Oficiales a mis órdenes. Esto ha constituido siempre un acto de mutua lealtad, pues a aquella adhesión y afecto que se me ofrecía, respondía mi corazón con una noble correspondencia de consideración y de cariño.

Este acto encierra, por otra parte, un gran significado: nos recuerda que constituimos una familia con deberes y virtudes, una gran familia que tiene confiada la guarda de la nación, el cumplimiento de las leyes y la permanencia de sus instituciones. Todo esto, tan importante siempre, alcanza mayor valor en el año de 1961, en que ha tenido lugar el jubileo de mi elevación a la Jefatura del Estado y del comienzo de nuestra guerra de Liberación, que tantas cosas entraña para todos. Los recuerdos se suceden en nuestro pensamiento: el de nuestros compañeros que nos ayudaron y que tantos quedaron en el camino; el de todos los que se sacrificaron porque llegase esta hora de plenitud, estos años de resurgimiento, esta etapa dilatada de paz, de orden y de justicia, cosas todas desconocidas en la vida contemporánea de nuestra nación.

Dios nos ha permitido en estos veinticinco años el haber podido cambiar la faz de España, el espíritu completo de la nación. Ha cambiado el sentido y el sentir de la mayoría de los españoles, nos hemos abierto a unas ideas nuevas más generosas y justas, nos hemos renovado, hemos tirado la vieja piel para tomar una nueva, y ésta se manifiesta

con tal expresión de fortaleza, de vivacidad, de identificación, adhesión y entusiasmo como se ha registrado en todas las efemérides de este año ya famoso con motivo del viaje a Andalucía, ya en la fecha de mi elevación a la Jefatura del Estado, en la apertura de las Cortes Españolas y, en general, en todos los momentos y ocasiones; pero, sobre todo, en aquel acto solemne del último desfile de la Victoria, y en el que, a la reciedumbre y brillantez acostumbradas en los desfiles de nuestros Ejércitos, se unió la emoción completa de un pueblo al contemplar vivo el espíritu de nuestros combatientes con sus Alferces provisionales, sus gloriosos mutilados, enarbolando sus banderas y estandartes desgarrados, con tal disciplina, entusiasmo y reciedumbre como las que pudieron brillar en los mejores tiempos de la Cruzada. Afirmación de fe y de lealtad de la generación de nuestros combatientes, fieles en la guarda de nuestro Movimiento.

Esto nos ha dado una gran tranquilidad, la tranquilidad de sentir a los Ejércitos y al pueblo dispuestos a la guarda firme del Movimiento Nacional y a demostración de que a nuestra vieja generación que pasa, sucede otra llena de entusiasmo y de firmeza, que la cadena del futuro de España está fuertemente establecida.

Esto me ha dado enorme tranquilidad en estos días en que sufrí ese ligero accidente de caza, al saber que en cualquier circunstancia o peligro, España cuenta con la guarda fiel de los Ejércitos y el pueblo.

¡Arriba España!

